

piensa mal de mí.» Esta conversacion le sugirió la idea de dirigirse á Robespierre, y habiendo cedido á ella, le escribió.

V

«Robespierre, —le decia en aquella carta á la vez patética y provocativa, —voy á probaros: os repito lo que he dicho al amigo que os dará este billete. Ya podeis pensar que no voy á suplicaros nada; jamás me he bajado á nadie, y no sería desde el interior de una cárcel desde donde yo dirigiria una súplica al hombre que tiene poder para abrírmela. El ruego se ha hecho para los culpables y para los esclavos. La inocencia se justifica, y es bastante. La queja tampoco me conviene, porque sé sufrir. Tambien sé que en el nacimiento de las repúblicas, las revoluciones escogen por víctimas á los mismos que las han llevado á cabo: ésta es su suerte; sólo la historia las vengá. Pero ¿por qué singularidad, yo, mujer, estoy expuesta á las tempestades que no caen ordinariamente sino sobre los grandes actores de las revoluciones?... Robespierre, os desafío á que creais con fundamento que Roland no es un hombre honrado; vos le habeis conocido; tiene la rudeza de la virtud, como Caton tenia su aspereza. Estaba disgustado de los negocios, irritado de las persecuciones, fastidiado del mundo y cansado por los años y por los trabajos; no queria más que lamentarse en un retiro ignorado, y oscurecerse allí en el silencio para evitar un crimen á su siglo. Mi pretendida complicidad sería graciosa si no fuese atroz. ¿De dónde procede si no esa animosidad contra mí, que jamás he hecho mal á nadie, y que no sé ni aun deseárselo á los que me le hacen? Educada en el retiro, nutrida de estudios serios que han desarrollado en mí algun tanto de carácter, entregada á gustos sencillos, entusiasta por la revolucion, extraña á los negocios por mi sexo, pero hablando de ellos con calor, he despreciado las primeras calumnias lanzadas contra mí, creyéndolas un tributo forzoso pagado á la envidia por una situacion que el vulgo tenia la simpleza de mirar como elevada, y á la que yo preferia el estado pacífico en que habia pasado tan dichosos dias...

»Sin embargo, ¡me veo presa hace cinco meses, y arrancada de los brazos de mi hija, que no puede tampoco reposar en el seno que la ha criado! ¡Alejada de todo lo que me es más querido, objeto de las invectivas de un pueblo engañado, oyendo bajo mis ventanas á los centinelas que me vigilan hablar de mi próximo suplicio, leyendo las asquerosas diatribas que vomitan contra mí escritores que nunca me han visto!... Nada he dicho, nada he pedido, ni he fatigado á nadie con mis reclamaciones: orgullosa de luchar con mi mala fortuna y de tenerla sujeta bajo mis piés...

»Robespierre, no es para excitar en vos una compasion á la cual soy superior, y que tal vez me ofenderia, por lo que os presento este cuadro; es únicamente para vuestra instruccion. La fortuna es voluble, é igualmente lo son los favores populares. Ved la suerte de los que agitaron al pueblo, le complacieron ó le gobernaron, desde Vitelio hasta César, y desde Hippon, arengador de Siracusa, hasta nuestros oradores parisienses... Mario y Sylá proscibieron millares de patricios, un gran número de senadores y una infinidad de desgraciados. ¿Han ahogado acaso á la historia, que los denuncia á la execracion? ¿Fueron por ventura dichosos? Cualquiera

que sea la suerte que me esté reservada, deseo sufrirla de una manera digna de mí, ó evitarla si me conviene. Despues de los horrores de la persecucion, ¿debo temer el del martirio? Hablad: siempre vale algo el saber uno su suerte, y en un alma como la mia se es capaz hasta de mirarla sin temor. Si quereis ser justo y me leeis con recogimiento, mi carta no os será inútil, y sólo con esto tampoco lo será para mi país. En todo caso, Robespierre, él y vos no podeis ignorar que cualquiera que me conozca, no podrá perseguirme sin reinordimientos.»

VI

Bajo el estoicismo aparente de esta carta, se traslucia sin embargo una sorda llamada á la piedad, ó á lo ménos que era una puerta que madama Roland abria para una reconciliacion. Una respuesta favorable de Robespierre le hubiera impuesto el reconocimiento hácia el hombre que persiguió y envió á la muerte á los que ella adoraba. Perder la vida parecia más honroso y más dulce que debérsela á Robespierre. Despues de escribir la carta, la hizo pedazos. No obstante, los guardó como testimonio de un pensamiento de libertad personal sacrificado á su dignidad de mujer de partido y á sus sentimientos de esposa y de amiga. La cautiva se resignó á la muerte.

Entretenia su ocio con la música, la conversacion y la lectura. Con la música adquiria la melancolía, y con los libros la fuerza que requeria su situacion; sobre todo, estudiaba en Tácito, este sublime anatómico de muertos célebres, que señala con la mano sobre los cadáveres de tantas víctimas las últimas pulsaciones del dolor y del heroísmo. Se representaba á menudo el suplicio, con el objeto de aprenderlo bien para representarlo con dignidad en el terrible momento. Tuvo tambien la idea de prevenirlo procurándose un veneno. En el momento de tomarlo, escribió á su marido para disculparse de morir ántes que él: «Perdóname, hombre digno del respeto del porvenir, por haber dispuesto de una vida que te habia consagrado. Tus desgracias me habrian detenido si me hubiese sido permitido endulzarlas. No pierdes sino un objeto inútil de inquietudes lastimosas». Despues, volviendo al recuerdo de su hija, escribia: «Tú, cuya dulce imágen penetra mi maternal corazon y debilita mis resoluciones, ¡ah! sin duda no te hubiera dejado sin guía si ellos hubieran podido dejártela. ¡Cruelles! No tienen lástima de la inocencia. Vosotros, amigos míos, dirigid vuestras miradas y vuestros cuidados hácia mi huérfana. No lloreis por una resolucion que pone fin á mis pruebas. Me conoceis, y no creereis que la debilidad ó el espanto me dictan el partido que tomo. Si hubiera quien me asegurase que ante el tribunal adonde han comparecido tantos inocentes tendria yo la libertad de señalar á los tiranos, yo quisiera comparecer en él en este mismo instante».

Un grito vago semejante á una invocacion salió en este momento de su alma, como la religion del último suspiro, que sin saber adónde iba á perderse, trataba de elevarse á una esfera más alta que la nada. «¡Divinidad, Sér Supremo, alma del mundo, principio de lo que yo siento de bueno, de grande y de inmortal en mí, en cuya existencia creo porque es necesario que yo proceda de alguna cosa superior á todo cuanto veo, voy á unirme á tu esencia!»

Hizo su testamento y distribuyó entre su hija, sus amigos y criados su piano,

su arpa, dos sortijas que le quedaban, sus libros y algunos muebles de su calabozo, que eran los únicos bienes que poseía. Recordaba sus primeras pasiones por la naturaleza, por el campo y por el cielo. «¡Adios,—escribía,—adios, sol de mi ventana, cuyos rayos traían la serenidad á mi alma, llamándola á los cielos! ¡Adios, campos solitarios de las orillas del Saona, cuyo espectáculo me ha conmovido tantas veces! ¡Y vosotros, antiguos habitantes de Thizy, cuyo sudor he enjugado, cuya miseria he socorrido y cuyas enfermedades he endulzado en mis cuidados, adios para siempre! ¡Adios, gabinetes pacíficos en donde yo nutría mi espíritu de verdad, cultivaba mi imaginación por el estudio, ó aprendía en el silencio de la meditación á dominar mis sentidos y á despreciar la vanidad! ¡Adios, hija mía, acuérdate de tu madre!... ¡Tú no estarás sin duda reservada á pasar por pruebas tan crueles como las mías! ¡Adios, amada niña que he criado con mi sangre, y á quien quisiera penetrar de todos mis sentimientos!»

Este pensamiento dió al traste con su resolución, y la imagen de su hija bastó á contenerla: tiró el veneno, quiso dejar algunas horas más á la prueba y al arrepentimiento, y se decidió á esperar la muerte.

VII

El suplicio de los girondinos fué para madama Roland una señal infalible de la suerte que la aguardaba. Vergniaud y Brissot no existían ya. ¿Quién sabía cuál había sido la suerte de Buzot, Barbaroux y Louvet? Tal vez habrían dejado de existir.

La transportaron á la Conserjería, en donde permaneció muy poco. Esta mujer era más grande cuanto más se aproximaba á la muerte. Su alma, su lenguaje y sus facciones adquirieron allí la solemnidad de los grandes destinos. En los pocos días que estuvo en aquella cárcel, excitó entre los numerosos presos que en ella había un entusiasmo y un desprecio á la muerte que divinizaron á las almas más abatidas. La sombra del cadalso parecía realzar su hermosura. Los prolongados dolores de su cautiverio, el sentimiento desesperado pero tranquilo de su situación, las lágrimas contenidas pero que se revelaban en sus palabras, daban á su voz un acento en el que se conocía la fermentación de los sentimientos que se removían sin cesar en el fondo de su gran corazón.

En la reja hablaba con los hombres principales de su partido que poblaban la Conserjería. Subida sobre un banco de piedra que la elevaba un poco sobre el suelo del patio, asida á las barras de hierro que formaban la claraboya entre el claustro y el patio, había encontrado una tribuna y un auditorio en todos sus compañeros de muerte. Hablaba con la facundia y con la elocuencia de Vergniaud, pero con aquella amargura de ira y áspero desprecio que la pasión de una mujer añade siempre á la elocuencia del razonamiento. Su vengativa memoria sacaba de la historia de la antigüedad imágenes, analogías y nombres dignos de compararse con los de los tiranos de la época. Mientras que sus enemigos preparaban el acta de su acusación á pocos pasos de ella, su voz, como si fuera la de la posteridad, resonaba en aquellos subterráneos de la Conserjería. Se vengaba ántes de su muerte legando su odio, y arrancaba, no lágrimas, porque no las quería para ella, sino exclamaciones de admiración, á los presos. Horas enteras la escuchaban, separán-

dose de ella á los gritos de *¡Viva la república!* No calumniaban á la libertad, sino que la adoraban en los calabozos abiertos en su nombre.

Pero esta mujer tan magnánima y tan superior á su suerte, cedía como toda naturaleza humana en la soledad y en el silencio del calabozo. Su alma heroica parecía esconderse entónces, y dejaba á su corazón de mujer debilitarse y partirse de dolor, cayendo del entusiasmo á la realidad. Tanto se había elevado, que hizo más dura su caída. Pasaba algunas veces toda la mañana recostada en la ventana, con la cabeza apoyada en las rejas, mirando al cielo y llorando á mares sobre las macetas de flores con que la había guarnecido el portero. ¿En qué pensaba? Algunas palabras sueltas de sus últimas páginas lo revelan: en su hija, en su marido,



Madama Roland marcha al suplicio.—Pág. 250.

anciano acostumbrado á su apoyo, é incapaz de dar un paso en la vida sin ella; en su juventud, vanamente sedienta de amor y consumida en el fuego de las ambiciones políticas, y en sus amigos, cuya imagen la perseguía y le haría sentir la pérdida de la vida, caso que viviesen aún, y aspirar á la muerte, si la hubiesen precedido en la eternidad. Ella lo ignoraba, y éste era su tormento.

No sentía el resto de las miserias de su cautividad; su calabozo era húmedo, infecto, oscuro, y estaba próximo al que había ocupado la reina; esta proximidad era muy á propósito para inspirar en ella el remordimiento. Las dos habían llegado en pocos meses y por caminos diferentes al mismo subterráneo, para dirigirse desde allí al cadalso: la una, precipitada del trono por las sugerencias de la otra, y ésta, ascendida á los primeros honores de la república y precipitada á su vez al lado de su propia víctima. Estas venganzas de la suerte parecen casualidades, y las más de las veces no son sino justicias.

VIII

El interrogatorio y el juicio de madama Roland no fueron más que la repetición de las acusaciones que hemos visto, en los discursos de los jacobinos y en los procesos de sus amigos, contra la Gironda. Le echaron en cara el ser esposa de Roland y amiga de sus cómplices, y ella confesó estos crímenes gloriándose de ellos, hablando con ternura de su marido, con respeto de sus amigos, y con orgullosa modestia de sí misma. Interrumpida por los clamores de la ira cada vez que quiso expresar su indignación, enmudeció á vista de las invectivas del auditorio. El pueblo tomaba entónces una parte terrible y dominante en los diálogos de los jueces y los acusados, dando ó retirando á su gusto la palabra. El pueblo era á la sazón el verdadero presidente del tribunal.

Madama Roland oyó su sentencia como quien recibe en el decreto de muerte su título á la inmortalidad; se levantó, é inclinando ligeramente la cabeza, dijo á sus jueces con un acento marcado de ironía: «Os doy gracias por haberme hallado digna de participar de la suerte de los grandes hombres que habeis asesinado». Bajó las escaleras de la Conserjería con una precipitación y un paso tan ligero que parecía el afán que muestra un niño hácia el objeto que quiere conseguir. Este objeto era la muerte. Al pasar por el corredor, delante de los presos que estaban apiñados por verla, los miró sonriéndose, y llevando su mano derecha transversalmente á su cuello, hizo la acción de la cuchilla que corta una cabeza. Esta fué su despedida, trágica como su destino y alegre como su libertad. Aquellos hombres la comprendieron, y los que no lloraban por su propia suerte, lloraron por la de aquella heroína.

En estos dias eran muchas las carretas que conducian los desventurados al cadalso. Se le hizo subir en la última, al lado de un anciano enfermo y débil llamado Lamarche, director que habia sido de la fábrica de asignados. Iba vestida de blanco, protesta elocuente de su inocencia que queria echar en cara al pueblo. Sus hermosos cabellos negros, cortados por detras, caian por delante en rizos sobre su cuello. Su tez, que la prision habia vuelto pálida, adquirió un color sonrosado con el viento áspero y glacial de Noviembre, y tenia la frescura de la de los niños. Sus ojos hablaban, y su fisonomía radiaba de gloria. Sus labios manifestaban un sentimiento medio compasivo, medio de desprecio hácia un pueblo tan ingrato. La multitud la insultaba con palabras groseras: «¡A la guillotina!»—gritaban las mujeres. «Ya voy,—les dijo,—estaré en ella dentro de un momento; pero los que me envian no tardarán mucho en seguirme. Yo soy inocente, y ellos irán manchados de sangre, y vosotras, que ahora aplaudis, tambien lo hareis entónces.» Volvia de cuándo en cuándo la cabeza al oír aquellos insultos, y se dirigia cariñosamente hácia su compañero de suplicio. El anciano lloraba, y ella trató de distraerle en aquel fúnebre tránsito, y áun consiguió hacerle sonreír.

Una estatua colosal de la Libertad, que por ser de barro era tan frágil como lo que se llamaba así en aquella época, estaba colocada en mitad de la plaza, en el mismo sitio donde hoy se halla el Obelisco; el cadalso estaba al lado de aquella estatua. Al llegar allí, madama Roland se bajó de la carreta; en seguida el ejecutor

la cogió del brazo para hacerla subir al patíbulo, y ella tuvo el suficiente valor para hacer uno de esos sacrificios que sólo el corazón de una mujer es capaz de hacer en semejantes momentos. «Os pido un solo favor, no para mí,—dijo desasiéndose al mismo tiempo del verdugo;—concedédmelo.» Y volviéndose al anciano, le dijo: «Subid primero; mi sangre derramada á vuestra vista os haria sentir dos veces la muerte, y no hay necesidad de que tengais el sentimiento de ver caer mi cabeza». El verdugo consintió. ¡Delicadeza de una tierna sensibilidad que se olvida y se sacrifica á sí misma, para ahorrar un minuto de agonía á un anciano desconocido, y que atestigua la sangre fria del corazón en el heroísmo de la muerte! ¡De cuánto precio debe ser una abnegación semejante, tanto á los ojos de Dios como á los de la posteridad!

Después de la ejecución de Lamarche, que ella vió y oyó sin inmutarse, subió ligeramente los escalones del cadalso, y saludando á la estatua de la Libertad, como para confesarla áun muriendo por ella, exclamó: «¡Oh libertad! ¡oh libertad! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» Púsose á disposición del verdugo, y un instante después, su hermosa cabeza estaba ya separada del tronco.

IX

Así desapareció aquella mujer, que habia soñado la república en su imaginación de quince años, que habia inspirado en el espíritu de un anciano su aborrecimiento al trono, que habia animado á todo un partido de jóvenes entusiastas, elocuentes, aficionados á las teorías antiguas y embriagados por un bello ideal cuyo manantial inagotable estaba para ellos en los labios y en las miradas de aquella mujer. El amor casto é involuntario que su hermosura y su genio les inspiraba, era el círculo mágico que retenia alrededor de ella á tantos hombres superiores, separados frecuentemente por disonancias de opinión, retenidos ella por su brillo. Como partido de imaginación, era su oráculo la imaginación de una mujer, que los arrastó unos tras otros á la muerte, pero que supo seguirlos después al cadalso. El alma de la Gironda se exhaló en su último suspiro. Madama Roland se parecia en aquellos momentos, y se asemejará siempre en la posteridad, á la república prematura é ideal que habia concebido: bella, elocuente, metida de piés en la sangre de sus amigos, y con la cabeza cortada por su propia cuchilla, en medio de un pueblo que no la conocia.

Su cuerpo, ídolo de tantos corazones, fué arrojado á los fosos de Clamart.

X

Al saber Roland el suplicio de su mujer, quiso morir. Vivir después de ella, era vivir muriendo. Roland salió sin decir nada de la casa en donde habia hallado hospitalidad hacia ya seis meses. Anduvo errante parte de la noche, sin otra intención que la de alejarse del lugar de su asilo para borrar sus huellas y no perder á los que le habian salvado. Al amanecer, el cielo y la tierra le causaron horror. Sacó un estoque que llevaba en el bastón, y apoyando el puño en un árbol que estaba á la orilla del camino, se atravesó el corazón. En aquella misma mañana, unos pastores encontraron su cadáver tendido al lado del foso. Un billete pren-

dido en su casaca con un alfiler contenía estas palabras: «Cualquiera que tú seas, respeta estos restos, que son los de un hombre virtuoso. Al saber la muerte de mi mujer, no he querido permanecer un día más en una tierra manchada de crímenes». Así la conciencia de su republicanismo, el amor y la virtud se confundían hasta en el epitafio que Roland escribió y compuso para sí mismo.

Elevado á demasiada altura por el movimiento de una tempestad cívica, colocado por cima de su nivel natural por las inspiraciones del genio de una mujer ebria de amor por la libertad, tomó la probidad por virtud, cuando aquélla no es más que su base. Sin embargo, disputó con un valor digno de la antigüedad la república á la anarquía, y las víctimas al cadalso. Tuvo por recompensa una muerte que parece una página arrancada de la historia de los grandes suicidas antiguos, muriendo como Catón y Séneca á la vez: como Catón, por la libertad de su patria; como Séneca, por el amor de una mujer. Hay una lágrima del corazón sobre el puñal republicano con que se hirió. Este amor, mezclado con su patriotismo, dió á la desgracia de Roland cierto sabor romano y patético á la vez. Si la muerte es el acto más grande de la vida, aquel hombre, ordinario al principio, fué grande al fin. Roland no vivió en vano para la libertad y para la gloria, puesto que debía llegar á una muerte digna de la antigüedad.

LIBRO CINCUENTA Y DOS.

Los comisionados de la Convención Isabeau y Tallien en Burdeos.—Los girondinos fugitivos Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Salles y Guadet en el Bec-d'Ambes.—Estos buscan un asilo en Saint-Emilion.—Madama Bouquey los recibe.—Su separación.—Valady toma el camino de los Pirineos.—Louvet vuelve á París.—Grangeneuve y Biroteau ejecutados en Burdeos.—Guadet y Salles son descubiertos, conducidos á Burdeos y ejecutados.—Barbaroux se tira un pistoletazo.—Le llevan moribundo á Burdeos y le conducen al cadalso.—Se encuentran en un campo los cadáveres de Buzot y de Petion.—Barnave, Duport y Bailly.—Su sentencia.—Su muerte.—Prolongado suplicio de Bailly.—Ejecuciones de madama Dubarry y de Biron.—Mr. y Mme. Angrand d'Alleray.—La municipalidad se adelanta á la Convención.—Notas póstumas de Robespierre.—Medidas filantrópicas.—Calendario republicano.—El obispo Gobel.—Apostasías.—Hebert y Chaumette.—Profanación del culto católico.—Inauguración del culto de la Razon.—Destrucción de los sepulcros de San Dionisio.—Exhumación de los restos mortales de los reyes.

I

¿Qué hacían, entre tanto que morían Roland y su esposa, sus más queridos amigos, Buzot, Barbaroux, Petion, Louvet, Valady, Guadet y Salles, á quienes hemos dejado desembarcando fugitivos en la Gironda?

Los comisionados de la Montaña Isabeau y Tallien se les habían adelantado en Burdeos. Aquellos representantes, manejando con energía al jacobinismo y desplegando el terror, habían ahogado en pocos días el federalismo, sublevado los arrabales de Burdeos contra la ciudad, encarcelado á los negociantes, dado el poder al pueblo, inaugurado la guillotina, reclutado los clubs y vuelto su propia patria contra los girondinos. La sumisión de Lyon, el exterminio de Tolon, el suplicio de Vergniaud y de sus amigos, habían consternado y en la apariencia convertido á la Gironda á la unidad republicana. En ninguna parte se afectó un patriotismo más sombrío, en ninguna parte se temió tanto la sospecha de complicidad con los representantes proscritos, porque en ninguna parte había más peligro de hacerse sospechoso. En ninguna parte era el terror más vigilante que en Burdeos. Cada choza de la Gironda tenía su comité de salud pública, su ejército revolucionario, sus delatores y sus verdugos.

II

Al llegar al Bec-d'Ambes, Guadet había dejado á sus colegas ocultos en casa de su abuelo; este asilo era precario, y Guadet había ido á prepararles otro más seguro en la pequeña población de Saint-Emilion, su país natal. Pero ni aún en Saint-Emilion había encontrado asilo seguro más que para dos de ellos, y eran siete. El